

Althusser y la historia del marxismo: a propósito de la obra del joven André Tsel

Marcelo Starcenbaum

I.

Los años 1970 fueron especialmente prolíficos en cuanto a la historización del marxismo en los países de Europa occidental. Empalmado con la historia desplegada en la década de 1950, la cual combinaba perspectivas militantes y rigor conceptual, los ejercicios de reconstrucción del marxismo se vieron enriquecidos por el desarrollo de la historia social y la creación de centros de investigación y documentación (Tarcus, 2020). Grandes iniciativas, como la *Historia del marxismo contemporáneo* editada por el Instituto Feltrinelli y la *Historia del marxismo* dirigida por Eric Hobsbawm, Georges Haupt y Ernesto Ragionieri entre otros, consolidaron un modo de historización caracterizado por el distanciamiento crítico del objeto de estudio, la apertura a la diversidad de escuelas y tradiciones de pensamiento marxista, la concepción del marxismo como una construcción político-doctrinaria elaborada luego de la muerte de Marx y la caracterización del marxismo-leninismo como una de las tantas expresiones del universo marxista. A la par de estas reconstrucciones, las *Consideraciones sobre el marxismo occidental* de Perry Anderson ofrecieron un mapeo del despliegue del marxismo en Europa a partir del doble proceso de estabilización capitalista en Occidente y consolidación de regímenes burocráticos en el Este. Centrado en la advertencia sobre el divorcio de la tradición marxista occidental con la práctica política, el análisis de Anderson daba cuenta de una serie de cambios formales en el campo del marxismo, tales como el direccionamiento hacia la filosofía, el vínculo entre teoría marxista y teoría burguesa, y una búsqueda filosófica más allá de Marx.

En este contexto, el trabajo de historización realizado por André Tsel se destacó por presentar una serie de desplazamientos con respecto a las tendencias principales de las reconstrucciones de la década de 1970.¹ En primer lugar, se trataba de una historia

¹ El centro de este trabajo lo constituyó el extenso “Le développement du marxisme en Europe occidentale depuis 1917” de 1974. El autor produjo otros trabajos vinculados a este ejercicio, ver Tsel (1973, 1974b, 1978a, 1978b). Para una aproximación general de la obra de Tsel, ver Charbonnier (2009), Crézégut (2017) y Ducange, Jaquet y Plouviez (2019).

filosófica, lo cual colocaba en primer lugar el proceso de elaboración teórica de los autores y las escuelas inscriptas en la tradición marxista. En segundo lugar, el hilo de la historización lo constituía los avatares del materialismo dialéctico en el marco del desarrollo de las corrientes marxistas a partir de 1917. Finalmente, dicha historización abordaba de un modo singular el problema de la dogmatización del marxismo. Con el objetivo de reconstruir los ejercicios de elaboración filosófica en el marxismo desde su constitución como corpus teórico hasta el presente de la década de 1970, esta historización estaba especialmente interesada en evitar la superposición entre el materialismo dialéctico y las formas vulgarizadas y dogmatizadas del marxismo — especialmente la codificada durante la hegemonía del estalinismo. Quedaba planteado de este modo un recorrido que daba cuenta de las diferentes etapas atravesadas por las elaboraciones de la relación entre filosofía marxista y ciencia marxista de la historia. En tanto se trataba de la historización de un *desarrollo* de la filosofía, este recorrido se detenía en las particularidades de cada uno de los momentos y concluía en una caracterización que daba cuenta de procesos de fundación, retroceso y reactivación.

II.

En términos formales, la historización de Tosel coincidía con la idea de que el estudio del desarrollo del marxismo implicaba el análisis de la difusión y las modificaciones de la teoría marxista de la historia, y la difusión del marxismo como práctica política dirigida por los diferentes partidos comunistas que luchan por tomar el poder y construir el socialismo. Sin embargo, junto a estas dimensiones, aparecía jerarquizado el estudio de las formas filosóficas elaboradas en esta historia por los teóricos y dirigentes marxistas para definir el marxismo en su relación con la filosofía, teniendo en cuenta su naturaleza de teoría y práctica de la historia. Dos presupuestos le daban forma a esta historización: que, como teoría verdadera de la historia, el marxismo debía dar cuenta de los modos de dominación propios del proceso de estabilización capitalista en Europa occidental y de la naturaleza exacta del socialismo en los países en los que el marxismo funciona como poder de Estado; que el marxismo debía producir la teoría de su propia constitución como teoría de la historia, dando cuenta de sus condiciones de posibilidad, las etapas de su elaboración y difusión, el estatuto y naturaleza de las crisis que favorecieron las revisiones y la dogmatización. El énfasis en el proceso específico de constitución de la teoría marxista de la historia conllevaba una centralidad

de los planteos alrededor de la naturaleza de la teoría y de sus partes en relación con su objeto:

si se acuerda llamar filosofía marxista a las formas adquiridas por este pensamiento interior al marxismo en razón de su propio estatuto de teoría y de su relación con el objeto estudiado, se deduce que tiene que haber 'para' el marxismo una teoría de las formas filosóficas de su propio pensamiento de sí como unidad de una teoría y de su relación con el objeto estudiado (Tosel, 1974a, p. 289)

Esta tesis permitía caracterizar como *inevitables* las primeras elaboraciones de la relación entre filosofía marxista y ciencia marxista de la historia. Textos como el *Anti-Dühring* y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* de Engels, y *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin se ubicaban en el centro del problema del desarrollo del marxismo en el siglo XX. Por un lado, porque la definición del marxismo como filosofía unida a una ciencia constituía la primera forma de pensamiento marxista sobre la unidad de la teoría. Por el otro, porque la historia que a partir de allí se abría era la de un *malentendido*: las elaboraciones de Engels y Lenin nunca fueron entendidas seriamente sino que fueron disociadas sin haber sido analizadas y dogmatizadas sin haber sido sometidas a una tarea de ajuste. Esta historización se desplegaba a partir de las ideas de que el tipo de saber realizado por el marxismo no podía ser delimitado cortando su definición como unidad de una ciencia y una filosofía, y que las conclusiones sobre las dificultades propias de la distinción entre materialismo histórico y materialismo dialéctico no podían ser obtenidas desde posiciones pre-marxistas o anti-marxistas. Si la elaboración filosófica de comienzos de siglo del siglo XX representaba la condensación de años de luchas políticas y teóricas del marxismo, dicho trabajo no podía ser abandonado. Al mismo tiempo, en tanto las elaboraciones filosóficas se habían desarrollado en un contexto determinado de debates científicos y luchas políticas, aquel trabajo tampoco podía ser repetido. La operación que se imponía, por tanto, era la del *reajuste*.

Bajo estas premisas, el desarrollo del marxismo del siglo XX quedaba delimitado en tres grandes etapas. La primera correspondía precisamente a la elaboración de la filosofía marxista por Engels y Lenin. Entre 1875 y 1917, el materialismo dialéctico se había definido al calor de las polémicas en las cuales había intervenido —Dühring, el

empiriocriticismo— y de su vinculación con los grandes debates teóricos de la época — la naturaleza del saber, la importancia científica de la ciencia marxista de la historia y las consecuencias políticas de estas discusiones—. En el caso de Engels, se trataba de reponer los esfuerzos por salvar al materialismo como única filosofía ajustada a las ciencias y dar a las ciencias el conocimiento de sus presupuestos. La elaboración de la filosofía marxista sólo podía realizarse a través de una reconsideración de las relaciones entre ciencia y filosofía, y la explicitación de la dialéctica practicada espontáneamente por las ciencias. La tarea de reajuste sobre las elaboraciones fundadoras implicaba el señalamiento de una *inestabilidad interna* en las formulaciones de Engels. La conceptualización de la filosofía como lógica dialéctica podía conllevar el desplazamiento hacia una metateoría anticipadora de los trabajos a realizar y de una ontogénesis de las formas de la materia. Entre la necesidad de una ciencia de las leyes generales del pensamiento y la fijación del devenir de las ciencias en un saber cerrado, Engels...

sigue un camino estrecho en el que no puede retroceder, pero en el que no puede estabilizarse; porque renunciar al materialismo es renunciar al combate de las ciencias contra toda metafísica [y] renunciar a la dialéctica es abandonar la forma nueva de científicidad presente prácticamente en todos los campos del saber” (Tosel, 1974a, p. 295)

En el caso de Lenin, el recommienzo de la elaboración del materialismo dialéctico era comprendido en el marco de la crisis del derrumbamiento del mecanicismo en física y la adopción de posiciones agnósticas en el seno del marxismo. Sin un análisis de las dificultades inherentes al materialismo dialéctico, Lenin ponía en movimiento las tesis engelsianas para reafirmar que las ciencias necesitan una filosofía que mantenga su postulado materialista y que desarrolle una concepción dialéctica de la naturaleza y el hombre. El enfrentamiento de Lenin con las posiciones conciliadoras del marxismo y una filosofía agnóstica de las ciencias constituía una defensa frente al ataque del viejo idealismo: “el frente se ha desplazado: Lenin defiende sobre todo el postulado materialista amenazado” (Tosel, 1974a, p. 296). La ocupación del frente dialéctico se presentaba como una necesidad en pos de la preservación del frente materialista. Sólo la dialéctica habilitaba un pensamiento materialista de las ciencias, en tanto permitía plantear la

validez del saber científico en cada una de las etapas de la historia de la ciencia —aún contemplando la relatividad de los conocimientos científicos—. Al igual que en Engels, la recuperación de la dialéctica por parte de Lenin corría el riesgo de transformar un sistema de principio operativo en una metaciencia. En un contexto que ya no era el de fines del siglo XIX, las aporías inherentes a la elaboración del materialismo dialéctico constituyeron las bases de las discusiones futuras —discusiones que se vieron afectadas especialmente por la recaída del materialismo dialéctico en una efectiva metaciencia: el verdadero “marxismo ortodoxo”—.

La segunda etapa del desarrollo del marxismo se inicia en el momento en que auténticos revolucionarios marxistas intentaron romper con el economicismo y con el fanatismo de la socialdemocracia alemana, y en este movimiento, asociaron acríticamente el materialismo dialéctico al “marxismo ortodoxo” fundado en la ética kantiana. Así, “al neokantismo le sucede el historicismo del joven Lukács y se abre un nuevo capítulo del malentendido, se presenta una nueva ocasión fallida cuya posibilidad y necesidad histórica hay que comprender” (Tosel, 1974a, p. 308). El retroceso propiciado por Lukács refería, en primer lugar, a la relación entre filosofía y conciencia proletaria. Al intentar revolucionar el marxismo petrificado de la socialdemocracia, Lukács direccionó la concepción de la filosofía en el sentido de la realización práctica de la clase obrera, la cual era objeto y sujeto del conocimiento. De esta manera, logró defender el materialismo histórico pero sin proporcionar la teoría de la coyuntura histórica que éste exigía y sin hacerlo progresar o enriquecerlo. Todo ello condujo a una regresión sobre las elaboraciones leninistas, cuyo centro lo constituía la capacidad de aplicar de manera creadora los conceptos del materialismo histórico en el análisis concreto de situaciones concretas. En segundo lugar, este retroceso refería a los efectos de la centralidad de la categoría de reificación en su obra. Al concebir al marxismo como la revelación de la esencia interna del capitalismo, hacía del conocimiento una esfera que expresa una esencia única. La extensión de la reificación a la objetividad de todo conocimiento terminaba devaluando el conocimiento científico, confundiendo el problema de su científicidad con el de su articulación en las demás prácticas sociales. Del mismo modo, al suponer que ciencia y filosofía ocupan el mismo lugar de la totalidad social, Lukács no contemplaba la problemática de su distinción. Así, la filosofía no tenía otro estatuto que el de ser la expresión teórica de una conciencia de clase.

La obra gramsciana constituía el otro gran hito de esta segunda etapa en el desarrollo del marxismo. Si bien compartía el mismo frente de lucha que Lukács —el

revisiónismo de la II^o Internacional y sus expresiones teóricas—, Gramsci se diferenciaba del húngaro por haber propiciado un resurgimiento del materialismo histórico ligado a la capacidad leninista por comprender la coyuntura a partir de la problemática conceptual del marxismo. Mientras aquel hacía del concepto de reificación el centro de una reevaluación de la dialéctica marxista, que conducía a reducir la filosofía a una práctica social, Gramsci intentaba captar nuevamente el núcleo del marxismo como metodología de saber histórico, logrando así abrir un espacio renovador en el estudio de la superestructura política e ideológica —aparato de Estado, intelectuales, hegemonía—. Sin embargo, la obra de Gramsci representaba una paradoja, en tanto al mismo tiempo que buscaba ser pensamiento explícito de la práctica teórica y política de Lenin, no se asumía a sí misma en el marco del materialismo dialéctico, y hasta se presentaba como una crítica de éste. Dejando de lado el intento de Engels de pensar el marxismo en relación con la coyuntura científica, e invisibilizando la rectificación desarrollada por Lenin, Gramsci elegía luchar contra la degeneración del materialismo dialéctico: Bujarin y su *Teoría del materialismo histórico*. De esta manera se volvían comprensibles el direccionamiento historicista y humanista de la reconfiguración del materialismo histórico y la imposibilidad de trascender el terreno filosófico impuesto por la coyuntura —es decir, el del idealismo italiano. La simultaneidad de las limitaciones de su trabajo y su lugar insoslayable en la salvaguarda del materialismo histórico imponía una lectura centrada en la oposición entre la práctica teórica de Gramsci y la reflexión consciente de esa práctica:

parece como si Gramsci hubiese fijado su propia contribución de modo inconsciente en conceptos inadecuados, impuestos por las necesidades de la coyuntura, de manera que se puede uno preguntar si el marco, incluso con rectificaciones, del historicismo (procedente de Croce) no es inadecuado y si la justa polémica contra Bujarin no ha llevado a Gramsci a prescindir del aparato conceptual que le habría permitido llegar más lejos, a saber: el materialismo dialéctico de Lenin (Tosel, 1974a, p. 362)

Esta segunda etapa del desarrollo del marxismo culminaba con el proceso de doble eliminación del materialismo dialéctico. En un plano general, dicho proceso era propiciado por las grandes transformaciones históricas desarrolladas entre las décadas de 1930 y 1940: el aplastamiento de las revoluciones en Europa, el ascenso del fascismo, la defensa del socialismo en un sólo país, la dictadura stalinista y la Segunda Guerra

Mundial. Si en términos generales estos acontecimientos resultaron desfavorables para el desarrollo del debate filosófico, fueron especialmente devastadores para el futuro del materialismo dialéctico. En la URSS, el estalinismo anuló los debates filosóficos, elevó la codificación de la distinción entre materialismo histórico y materialismo dialéctico a novedad absoluta en la historia del pensamiento y la vida filosófica tomó la forma de una teología de Estado. En Alemania, la teoría crítica movilizó una lucha anticapitalista y antiestalinista en la que el materialismo dialéctico convertido en teología del Estado era confrontado con la filosofía humanista de las obras de juventud de Marx y en la que problemas tales como la relación con las ciencias de la naturaleza, la concepción científica del mundo y la relación entre ciencia de la historia y filosofía eran descartados en pos de un horizonte socialista humanista.

Se trataba de una doble eliminación en la que “el materialismo dialéctico pagaba los platos rotos de la historia” (Tosel, 1974a, p. 368). Identificado con su caricatura en la URSS y opuesto a un marxismo crítico y humanista en los países con partidos comunistas fuertes, el materialismo dialéctico quedaba relegado en pos de un esfuerzo por volver al materialismo histórico una teoría de las contradicciones propias de las sociedades en transición hacia el socialismo. Sin embargo, estos marxismos no pudieron identificar las modificaciones de la estructura económica y producir la teoría de las contradicciones propias de las sociedades neocapitalistas, sin tener perversión del marxismo que denunciar o partidos organizados en los cuales situarse. Por este camino, el marxismo sólo pudo constituir el ala izquierda radical de la filosofía burguesa, realizando compromisos con la filosofía clásica alemana sin una reevaluación desde el punto de vista del materialismo dialéctico, y debiendo luchar en el terreno impuesto por el último hito de la filosofía en vías de descomposición —el heideggerianismo. Si este proceso de eliminación del materialismo dialéctico refería a las obras de Bloch y Korsch, el análisis se centraba especialmente en la tradición frankfurtiana. Reemplazo de la crítica de la economía política por una crítica de la civilización técnica, incapacidad de pensar los cambios y la coyuntura, y abandono del análisis de las tendencias históricas y los mecanismos que dan origen a los conflictos políticos, formaban parte de una aproximación que tendía a enfatizar la ausencia de la más grande elaboración de Marx: la seguridad de una ciencia que descubre la ley económica por la cual se rige la sociedad moderna.

La tercera etapa del desarrollo del marxismo se ubicaba en el trayecto histórico que iba desde el XX° Congreso del PCUS hasta las revueltas de 1968. Acontecimientos

tales como la revolución cultural china, las luchas por la democracia política dentro del bloque soviético y el enfrentamientos de los países coloniales contra las metrópolis imperialistas propiciaron un conjunto de transformaciones en los debates filosóficos de los países en los que el partido comunista constituía el lugar indispensable de las intervenciones teóricas. Esta etapa se caracterizaba fundamentalmente por la reanudación del materialismo dialéctico y tenía como principales expresiones una serie de trabajos teóricos llevados a cabo en los países de Europa occidental. Uno de ellos era el esfuerzo de Althusser por sortear la superposición que había caracterizado al período anterior. Es decir, la desviación del materialismo dialéctico bajo Stalin no debía conducir a su abandono, ya que sin éste el materialismo histórico perdería toda su capacidad de comprensión de las transformaciones del Este y el Oeste, y el partido renunciaría a su función de educador de las masas y agente de una práctica revolucionaria en las sociedades neocapitalistas. Las tendencias de la etapa anterior debían ser revertidas a partir de una definición del concepto de la filosofía marxista que le permitiera al materialismo histórico una percepción más clara de su propia estructura y organización interna, y así volver a producir las teorías que determinaran el porvenir del comunismo. Así, la productividad de la intervención althusseriana radicaba en la reformulación de la filosofía marxista no como teoría crítica ni antropología, sino como un conjunto de presupuestos epistemológicos que se pueden extraer de la práctica del Marx teórico del capitalismo y de las formas de vida social.

El otro hito de esta etapa marcada por la reanudación del materialismo dialéctico correspondía al fenómeno de regreso a Lenin propiciado en el marxismo italiano. Luego de un período de desarrollo del historicismo, de la publicación de la obra de Gramsci y de una reflexión sobre la tradición hegeliana italiana (Spaventa-Croce-Gentile), se constataba una serie de movimientos diversos pero convergentes en la necesidad de reactivación del materialismo dialéctico. Se trataba de intervenciones producidas sobre un sustrato marcadamente hostil a la cientificidad del marxismo: el de los debates generados por la problemática gramsciana de los intelectuales, la cultura y la filosofía de la praxis, la preponderancia de los intereses históricos y críticos, la definición de la filosofía marxista como historicismo y teoría política, la centralidad de las relaciones Hegel-Marx, y la preponderancia de la temática estética y ética. Por eso resultaban tan relevantes trabajos como el Luporini, que se distanciaba del antropologismo historicista y rechazaba las fundamentaciones del marxismo diferenciadas del materialismo dialéctico, y el de Geymonat, que hacía del materialismo dialéctico el único marco de

recepción crítica del desarrollo de las ciencias y el núcleo de una concepción racional y progresista del mundo.

III.

El regreso a Lenin y la reactivación del materialismo dialéctico en Francia e Italia permitían una recapitulación del desarrollo del marxismo en Europa luego de 1917. Las intervenciones de Althusser y las de diversas expresiones del marxismo italiano atestiguaban el cierre de una historia marcada por la dogmatización y los malentendidos. Es decir, la de la identificación entre el materialismo dialéctico con el marxismo ortodoxo en la década de 1920 y con la concepción estalinista a partir de la de 1930. Ejercicios tales como la redefinición de la filosofía marxista o el replanteo acerca de la científicidad del marxismo permitían dos operaciones interpretativas sobre el desarrollo del marxismo en el siglo XX. Por un lado, la de una recuperación de las elaboraciones fundantes de Engels y Lenin. Al respecto, los trabajos del marxismo francés e italiano habilitaban la necesaria tarea de reajuste, la cual había quedado relegada frente a las aproximaciones simétricas de abandono y repetición. Por otro lado, se habilitaba una revisión crítica de las corrientes que habían desarrollado en oposición a las versiones distorsionadas del materialismo dialéctico. De esta manera se abría un espacio teórico que habilitaba tanto la reversión de las tendencias consolidadas por las corrientes heterodoxas o anti-dogmáticas como la actualización de las elaboraciones de fines del siglo XIX y comienzos del XX que habían contribuido a la constitución del marxismo como ciencia.

Referencias

Anderson, P. (1976). *Considerations on Western Marxism*. Londres: New Left Books.

Charbonnier, V. (2009). L'acuité du marxisme. En Tosel. *Le marxisme du XXe siècle* (11-22). Paris: Syllepse.

Crézégut, A. (2017). *Pour Tosel, un Aufklärer dans les Holzwege gramsciens*. *International Gramsci Journal*, 2 (3), 372-403

Ducange, J.N., Jaquet, C y Plouviez, M. (2019). *La raison au service de la pratique: Hommage à André Tosel*. París: Kimé.

Hobsbawm, E., Haupt, G., Marek, F., Ragionieri, E., Strada, V. y Vivanti, C. (1978-1982). (vols. 1-5). *Storia del marxismo*. Turín: Einaudi.

Matthys, J. (2017). Notes sur un communisme de la finitude. Hommage à André Tosel. *Cahiers du Groupe de Recherches Matérialistes*, 11.

Münster, A. (2018). *André Tosel, penseur de l'émancipation*. París: Lignes.

Storia del marxismo contemporaneo (1973-1981) (vols. 1-7). Milán: Fondazione Giangiacomo Feltrinelli.

Tarcus, H. (2020). José Aricó y la historia del marxismo en América Latina. La historia intelectual y la perspectiva de la recepción. *Políticas de la memoria*, 20, 146-155.

Tosel, A. (1973). Marxisme-léninisme et objectivité: ou notes pour une logique du matérialisme historique. *Études philosophiques*, 133-150.

Tosel, A. (1974a) Le développement du marxisme en Europe occidentale depuis 1917. En *Histoire de la philosophie* (t. 3, 902-1045). París, Gallimard.

Tosel, A. (1974b). Le marxisme-léninisme et le futur. *Réseaux: Revue du Centre interdisciplinaire d'études philosophiques de l'université de Mons*, 22-23, 59-82.

Tosel, A. (1978a). Le matérialisme dialectique 'entre' les sciences de la nature et la science de l'histoire. *La Pensée*, 201, 70-94.

Tosel, A. (1978b). Matérialisme dialectique et néo-positivisme: Ludovico Geymonat. *Scientia: rivista di scienza. Organo internazionale di sintesi scientifica*, 73 (13).